

segunda etapa

posdata

SÁBADO, 29 DE ABRIL DE 2017

984

Manuel Arranz
Crítico literario y traductor

»»

Empecemos por una definición del amor, que a mí me parece indiscutible, pero que no tienen por qué compartir ustedes, a fin de cuentas yo soy un tipo anticuado y bastante sentimental. «No se puede estar enamorado de varias personas a la vez. Lo sé porque yo estoy enamorado de ti y los demás son todos enemigos míos, necesariamente enemigos míos.» «¡Qué tontería!», contesta Josephine, y quizá ustedes también. Pero pongámonos en situación. Una pareja ha ido un domingo por la mañana, «una cálido día de finales de febrero», de visita al zoo, y mientras contemplan más o menos aburridos las jaulas de los animales, discuten acaloradamente (en realidad no muy acaloradamente, se nota que no es la primera vez que sale el tema). El tema es el amor, naturalmente. Las parejas siempre discuten sobre el amor. John, así se llama el novio, solo quiere saber si Josephine, así se llama la novia, está o no está enamorada de él. ¡Cómo si fuera tan fácil saberlo! Naturalmente, ante la inoportuna pregunta de si quiere casarse con él, Josephine estalla y le deja las cosas claras, es decir, más confusas todavía: una cosa es el amor, y otra, le viene a decir, es el amor. Y si uno es tan animal que no ve la diferencia, debería estar en el zoo. Pero no como visitante, no, sino como residente. Enfadarse suele ser una buena cosa entre amantes, sobre todo cuando el motivo es el amor, el problema son las reacciones y los distintos estados de ánimo que el enfado provoca en cada uno de ellos.

David Garnett (1892-1981), un inglés de pura cepa, relacionado con el llamado Grupo de Bloomsbury (Virginia Woolf parece que fue una de sus admiradoras, como también Graham Greene), y de quien la misma editorial ha publicado otras dos deliciosas novelas (*Formas del amor* y *La dama que se transformó en zorro*), tiene un auténtico don para crear situaciones a la vez hilarantes y profundas, dos cosas que no es-



«««

UN HOMBRE
EN EL ZOO
David Garnett

Traducción y
postfacio de
Ángeles de los
Santos
► Periférica
120 PÁGS. 14,75 €

La jaula del amor

Una pareja de novios pasa el domingo en el zoo y comienzan a discutir, cada uno postulando una visión distinta del amor. Ese es el argumento de una novela aparentemente menor pero llena de matices y profundidades humanas con las jaulas como metáforas.

David Garnett (1892-1981) es un escritor inglés, miembro del reconocido grupo de Bloomsbury y admirado por Virginia Woolf. Novelista de prosa brillante por su capacidad para matizar el comportamiento sentimental de los personajes.

tán reñidas, sino todo lo contrario. La mayoría de los impulsos que determinan nuestra vida son caprichosos y no pueden explicarse por la razón. Precisamente por eso se llaman impulsos. Esta verdad de Perogrullo es lo que subyace en esta entretenida y repetitiva, profunda novela de David Garnett. En todas las decisiones que tomamos a lo largo de la vida, que no suelen ser muchas en contra de lo que parezca, hay un punto en el que ya no podemos volver atrás. Hemos quemado

Amor, despecho,
orgullo herido, rencor,
celos, vanidad...
sobre todo eso narra
David Garnett en sus
deliciosas novelas

do las naves por así decirlo, nos hemos metido nosotros solos en la boca del lobo, por decirlo de otro modo. Las decisiones incoherentes, delirantes, demenciales, ridículas, suicidas, abundan más de lo que solemos creer. Son decisiones aparentemente razonables, lógicas y juiciosas en el fondo, y contra las que es difícil argumentar. Un ejemplo. Si usted quiere pasarse el resto de su vida en la jaula de un zoológico, pues allá usted. ¿Acaso iba a estar peor a cómo está ahora? Permítame que lo dude. ¿O es que no vive ya en una jaula? ¿Una jaula en la que no hacen falta siquiera los barrotes?

Las novelas de David Garnett son realistas, pero de un realismo llevado al extremo, que, dicho sea de paso, es el auténtico realismo. Ya en *La dama que se transformó en zorro*, una dama se transformaba literalmente en zorro. ¡Eso no pasa nunca, se dirán ustedes! Error, sucede más a menudo de lo que imaginan. Fíjense mejor y distinguirán las orejas y la bonita cola de zorro, y también las garras, claro. Todo es cuestión de saber mirar, de saber acercarse y alejarse lo suficiente a las personas para poder verlas como realmente son, algo que no hacemos nunca. Unas veces estamos muy cerca y otras muy lejos, y en ambos casos los contornos se difuminan, los sentimientos se deforman, los hechos se alteran y se confunden. Leer a David Garnett es un sano ejercicio. David Garnett narra de una manera brillante, saltando de una idea a una observación, o de una observación a una idea, sin aparente solución de continuidad. Y no es fácil explicar por qué su prosa es tan brillante. No es precisión, ni concisión, ni economía, ni tampoco todo lo contrario. Quizá todo lo que se pueda decir de David Garnett es que tiene un olfato muy fino para los matices. Un olfato, una vista y un oído. David Garnett sabe cómo funciona el alma humana, sabe que «la felicidad y la desdicha son solo relativas», sabe que nuestras decisiones nunca nos comprometen del todo, sabe que una cosa es la voluntad y otra el deseo, y que entre ambas media un abismo muchas veces insalvable, sabe que el amor deja heridas profundas, que ni olvidamos ni recordamos a voluntad, y que el perdón no es más que una palabra del diccionario. Y de todo esto trata esta deliciosa, y profunda insistimos una vez más, novela. De las decisiones casi siempre equivocadas que tomamos por despecho, del rencor, de los celos, del orgullo herido y la vanidad a los que debemos la mayoría de nuestras desdichas, del miedo a la soledad y del miedo a equivocarnos. Si hubiera que buscarle una moraleja a esta desopilante fábula, sin duda sería la siguiente: Las jaulas no son tan malas si se comparten con la persona amada. Y otra más, esperanzadora: No hay obstáculo que el amor no supere.

